

Iglesia

espacio de comunión, fraternidad y diálogo para tiempos polarizados

Las iglesias del Nuevo Testamento saben de “tiempos polarizados”. Las iglesias del Nuevo Testamento saben también de “posiciones contrarias”. En realidad ni las polarizaciones ni los contrarios han de vivirse negativamente, sino como ocasión de desarrollo y profundización de la unidad. Según la ley física de la electrostática (Ley de Charles Coulomb, 1785) “los polos opuestos se atraen”. O sea, hay una constante de proporcionalidad. Si dos cargas son de signo contrario —una positiva y otra negativa— la fuerza tiende a unirlos (atracción).

Del mismo modo, la dialéctica de la “coincidencia de contrarios” (*coincidentia oppositorum*) como la superación de los extremismos, nos advierte la posibilidad de vivir las diferencias no como conflicto sino como ocasión de llevar a la unidad pero sin perder la identidad. He aquí la importancia no solo de la dialéctica, sino del diálogo.



Las iglesias del Nuevo Testamento saben de “tiempos polarizados y posiciones contrarias” no sólo en lo exterior sino también en lo interior de ellas mismas. Pero también, como herederas del movimiento abierto y diverso de Jesús de Nazaret, las iglesias del Nuevo Testamento saben de comunión, fraternidad y diálogo. Por lo tanto, se trata de volver al movi-

miento de Jesús.

Primero, queremos reencontrar aquellas marcas evangélicas de comunión, fraternidad y diálogo que caracterizan el movimiento de Jesús.

Segundo, queremos interrogarnos sobre qué contribuye y qué daña a la unidad de la iglesia.

No podemos decirlo todo sobre la iglesia, pero me interesa abordar lo esencial. Por eso, hago estas dos observaciones:

a) Las cosas que compartiré, son las cosas que creo

Las iglesias del Nuevo Testamento saben de “tiempos polarizados y posiciones contrarias” no sólo en lo exterior sino también en lo interior de ellas mismas. Pero también, como herederas del movimiento abierto y diverso de Jesús de Nazaret, las iglesias del Nuevo Testamento saben de comunión, fraternidad y diálogo.

corresponden a lo que Jesús quería para la iglesia. En una palabra, las cosas que deben permanecer en la iglesia para que esta sea verdaderamente iglesia.

b) Las cosas que compartiré, son las cosas que creo corresponden también a lo más original que de la tradición protestante quería. Las cosas que deben permanecer en la iglesia de la Reforma, para que esta sea verdaderamente reformada y reformándose. Las cosas que deben permanecer en la iglesia de la Catolicidad, para que esta sea verdaderamente católica y catolizándose.

I. Significado de "iglesia"

Ya lo sabemos, pero la ocasión merece recordarlo. La palabra "iglesia" viene del griego *ekklesia*, lo cual en la antigüedad designaba "la asamblea plenaria de los ciudadanos de la polis" (la ciudad). Aunque sabemos que en el mundo griego antiguo habían ciudadanos libre y esclavos, llama la atención que los primeros cristianos usaran esta palabra para designarse a sí mismos en cuanto a comunidad reunida, asamblea esencialmente democrática y participativa.

La versión griega del Antiguo testamento, conocida como los LXX, utilizó esta palabra significando "la asamblea general del pueblo reunido" o simplemente "la comunidad popular". Ahora bien, en el sentido religioso que traduce el término hebreo *qahal* para el griego *ekklesia*, remite al significado de "pueblo de Dios" o "asamblea de Dios".

En conclusión: "iglesia" nos remite por lo menos a dos ideas. En primer lugar, la idea nueva testamentaria de "pueblo de Dios" congregado por Cristo; y en segundo lugar, la idea de asamblea o comunidad popular participativa y democrática. Lo primero apunta hacia su configuración interna o invisible: la experiencia del acontecimiento salvífico en Cristo. Lo segundo apunta hacia su configuración externa o visible: el hecho comunitario.

II. La comunidad de Jesús: semilla de la iglesia

¿Por qué mucha gente quiere y se interesa saber sobre Jesús y el evangelio, pero no quiere saber nada de la iglesia? ¿Por qué para muchas personas justamente la iglesia es un obstáculo para el seguimiento de Jesucristo? ¿Coinciden nuestras ideas o teologías sobre la Iglesia con lo que se nos presenta en los evangelios?

Me parece que cuando hay "tiempo polarizados", "posiciones encontradas", "antagonismos" que se colocan en los extremos (unos en "pro", y otros "en contra") y las iglesias se encuentran impactadas por estas dinámicas sociales, es tiempo de comenzar el diálogo con esta interrogación: ¿qué nos dicen los evangelios acerca de lo que debería ser la iglesia?

I. LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD

Jesús de Nazaret prácticamente nunca no utilizó la palabra "iglesia". No hay una llamada programática a la fundación de una iglesia. Jesús no proclamó una iglesia ni a sí mismo, más bien proclamó el reinado de Dios.

Sin embargo, hay en los evangelios un hecho fundamental: Jesús formó en torno de sí un grupo, una comuni-



"Iglesia" nos remite por lo menos a dos ideas. En primer lugar, la idea nueva testamentaria de "pueblo de Dios" congregado por Cristo; y en segundo lugar, la idea de asamblea o comunidad popular participativa y democrática.

dad de seguidores. Como dice Joachim Jeremías: "Vamos a encararlo con todo vigor: el sentido único de toda la actividad de Jesús es el de congregar al pueblo escatológico de Dios" (Jeremías, J. *Teología del Nuevo Testamento I*, Sígueme, Salamanca, 1974, p. 201). Inclusive, no hay que olvidar que el autor responsable de los relatos evangélicos fue, la comunidad cristiana (postpascual). Si las comunidades cristianas (iglesias) conservaron y seleccionaron estos relatos y palabras sobre la vida de Jesús, se debe sin dudas a que aquella comunidad de seguidores fue entendida como modelo o ejemplo de lo que debería ser la iglesia, o el nuevo pueblo de Dios.

Entonces, para saber cómo debe ser y actuar en el mundo, las iglesias han de recurrir una y otra vez a aquel modelo. Toda renovación, cambio, diálogo presente o futuro, resolución de conflictos y unidad en la diferencia, será más auténtica en la medida en que sea una puesta en práctica de aquella vida comunitaria que Jesús formó en

Es bueno recordar que esos los líderes en la comunidad de Jesús no son ni anteriores (no están antes de la comunidad), ni exteriores (no están fuera de la comunidad) ni superiores (no están por encima de la comunidad). El liderazgo en la comunidad de Jesús es plural y servicial, surge de la comunidad y al servicio de la comunidad.

torno de sí. La comunidad de Jesús el Mesías, es modelo y ejemplo de lo que es ser pueblo de Dios.

Tal como aparece en los evangelios se trata de un grupo amplio, no solamente limitado a los doce (Mateo 8:21; 27:57; Marcos 4:10; 10:32); se habla de setenta enviados por Jesús (Lucas 10:1,17); un grupo abundante (Lucas 6:17; 19:37; Juan 6:60). Había varones y había mujeres. Los doce ejercían el liderazgo. Sin embargo, es bueno recordar que esos los líderes en la comunidad de Jesús no son ni anteriores (no están antes de la comunidad), ni exteriores (no están fuera de la comunidad) ni superiores (no están por encima de la comunidad). El liderazgo en la comunidad de Jesús es plural y servicial, surge de la comunidad y al servicio de la comunidad.

2. LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD “CRISTIANA”

Aunque la iglesia no fuera fundada por Jesús, apela a él desde sus orígenes. Su fundamento era sencillamente la profesión de fe en que Jesús era el Mesías, el Cristo. Ser “cristiano o cristiana” tiene este significado que se deriva de Cristo se debe pues, llamar cristiano a todo lo que tiene una relación expresa, decisiva y de semejanza con ese Cristo. Esto es un desafío para el individuo, como también para los partidos políticos e incluso las iglesias que se llaman “cristianos”, “cristianas”.

De modo que, “cristiano” no es toda persona de buena fe y buena voluntad, porque buena fe y buena voluntad existen fuera del cristianismo. Igualmente “iglesia cristiana” no es cualquier grupo de personas bien intencionadas que se esfuerzan por su salvación y vida honesta. Vida honesta y salvación también pueden existir en grupos fuera de la iglesia; ya que Dios es mayor que la iglesia.

Se puede llamar “cristiana” a aquella comunidad humana para la cual Cristo es decisivo. Esto nos coloca la cuestión difícil: ¿en qué Cristo se piensa? ¿Qué Cristo es decisivo para la iglesia? ¿Quién era Jesucristo? Más de

dos siglos de intensas investigaciones nos ofrecen material y certezas suficientes, para destacar —no una biografía— más el perfil inconfundible de Jesucristo. Aquí no podemos abundar en esto y ya hay muchos materiales al respecto. Sin embargo, queremos mencionar algunos rasgos que deben importar a la iglesia que quiere llamarse “cristiana”.

¿Acaso sería Jesús un hombre del status quo?

Había en Jerusalén un establishment religioso-político, que causaba la opresión socio-económica y religiosa del pueblo. Sin embargo, Jesús no fue un sacerdote. Era por así decir, un laico. No era una teólogo profesional. No elaboro grandes teorías. Más bien, apenas predicaba el reinado de Dios por venir, no de modo científico sino con palabras simples, con historias, comparaciones, parábolas.

¿Acaso sería Jesús un revolucionario violento?

Había el partido revolucionario de los zelotes o “celosos” como eran llamados. Algunos de sus seguidores provenían de ese grupo. Sin embargo, Jesús no fue un político ni un revolucionario social. No realizó una reforma agraria como pudo suceder en Jerusalén después de su muerte, tampoco mandó quemar los títulos de la deuda en los archivos de Jerusalén u organizó un levan-



tamiento contra las fuerzas romanas dominantes. Si todo esto hubiera hecho, quizás ya habría sido olvidado. Más bien, predicó la no-violencia.

¿Acaso sería Jesús un asceta religioso?

Tampoco. Aunque se retiraba en ocasión, no se retiró del mundo, ni se aisló, ni envió a nadie a buscar la perfección retirado del mundo en las cuevas del Mar Muerto o ascetas del desierto.

¿Acaso sería Jesús un piadoso moralista?

Jesús no estaba empeñado en una reforma moral ni siquiera en torno a la Ley judaica. Nunca enseñó técnicas de piedad ni tenía inclinación por la casuística moral o jurídica. Para eso existían los fariseos que eran mejores que la fama que él tenía.

Parece que Jesús escapa a las categorizaciones de su época, y tal vez también a los encuadramientos políticos, sociales o religiosos de nuestra época. Es provocador tanto de la derecha cuanto de la izquierda. Estaba más cerca de Dios que los sacerdotes, y a la vez era más libre con relación al mundo que los ascetas. Tenía más moral que los moralistas y era más profundamente revolucionario que los revolucionarios.

Entonces, ¿qué defendió? ¿Qué quería?

Él quería el “reinado de Dios”, la intención divina para este mundo. “Venga tu Reinado, sea hecha Tu voluntad”. ¡He aquí el deseo que habitaba en Jesús! Regionalizar ese reinado o ese deseo, esa aspiración mediante una ideología o mediante acciones concretas, fue siempre la tentación que enfrentaba Jesús. O sea, imponer su proyecto y su programa para todos y todo (Mateo 4:1-11). Tal cosa hubiera significado pervertir el sentido original, universal y abierto del reinado divino. No es por este poder como dominación que vendrá el reinado de Dios. Poder como dominación es diabólico para Jesús (= *diabolos*, el que acusa, el que divide).

Parece que Jesús escapa a las categorizaciones de su época, y tal vez también a los encuadramientos políticos, sociales o religiosos de nuestra época. Es provocador tanto de la derecha cuanto de la izquierda. Estaba más cerca de Dios que los sacerdotes, y a la vez era más libre con relación al mundo que los ascetas.



Sin embargo, la insistencia universal del reinado divino, no llevó a Jesús a separarse o aguardar pasivamente un futuro fulgurante y mejor. Por lo contrario, aquel fin absoluto —el Reinado de Dios— es mediatizado en el presente por gestos concretos y anticipado por comportamientos y actitudes sorprendentes. Veamos:

Jesús relativizó la autosuficiencia humana

Las absolutizaciones de lo relativo (personas, ideas, proyectos, símbolos, programas, instituciones, etc.) siempre esclavizan el ser humano. Tornar lo relativo en absoluto es fuente de sufrimiento y desilusión.

Para Jesús los criterios de salvación ya no pasan por el ámbito del culto, sino por amor al prójimo. Más importante que la tradición religiosa-nacional del sábado, es el ser humano, mucho más el ser humano en necesidad (Marcos 2:23-26). El humano vale más que todas las cosas (Mateo 6:26). Es más importante y decisivo que el servicio del culto (Lucas 10:30-37) o el sacrificio (Mateo 5:23-24). Relativiza el templo y el ceremonial, porque el servicio y la reconciliación vienen antes que la liturgia. Siempre que Jesús hablaba del amor a Dios, hablaba simultáneamente del amor al prójimo (Marcos 12:31-33; Mateo 22:36-39). E inclusive, el amor al prójimo y no a Dios, es considerado como criterio de salvación (Mateo 25:31-46). Hay una unidad entre el amor a Dios y el amor al prójimo, y prójimo en necesidad (I Juan 4:19-20). Con todo esto Jesús des-absolutiza las formas culticas, legales o religiosas. Incluso, relativizó el poder de los Cesares negándole cualquier divinización o pretensión de ultimidad (Mateo 22:21 y Juan 19:11).

Una nueva solidaridad humana

La salvación no apenas se queda en la crítica o relativización de las leyes y formas culticas o pretendidamente sagradas. También encarna un nuevo tipo de solidaridad humana. La sociedad de Jesús era tremendamente estructurada y excluyente; discriminaciones sociales entre puros e impuros, prójimos y no prójimos, judíos y paganos; hombres y mujeres y niños. El pueblo simple vivía aterrorizado por no poder vivir a la altura de las interpretaciones legales de la Ley. Los que saben la Ley —dueños del saber de Dios— se distanciaban del pueblo, los discriminaban y difamaban como pecadores. Jesús se solidariza con los/as oprimidos. Toma partido por los débiles. Para escándalo de los ortodoxos y devotos se solidariza con los pobres, desgraciados e infelices, invitando a los herejes cismáticos o practicantes de otras creencias (samaritanos); a las personas sin moral o explotados sexualmente (adúlteras y prostitutas); a los políticamente comprometidos (cobradores y colaboradores del impuesto enemigo); a los barridos y despreciados de la sociedad (leprosos, enfermos, miserables); a los más indefensos (mujeres y niños). Y sobre todo se solidariza con el pueblo simple que no percibe muy bien la realidad. Para Jesús nadie está fuera de la salvación divina, pues Dios ama incluso a los ingratos y malos (Lucas 6:35) y su tarea consiste en buscar y salvar lo que se ha perdido, extraviado, enajenado (Lucas 19:10). Próximo no es la persona de la misma raza, ni de la misma fe, ni del mismo partido, ni de la misma familia, sino cada uno, cada una a quien nos aproximamos redentoramente, poco importa su ideología política o su confesión religiosa (Lucas 10:30-37).

Esta nueva solidaridad comienza a experimentarse en

Esta nueva solidaridad comienza a experimentarse en la comunidad de discípulos, aquí sin discriminaciones de ningún tipo los antiguos enemigos pueden reconciliarse. Este es el testimonio del apóstol Pablo, y este es el llamado misional de la iglesia: “Cristo es nuestra paz. Él ha destruido el muro de separación, el odio, las hostilidades, y de los dos pueblos ha hecho un solo... e hizo la paz”.

la comunidad de discípulos, aquí sin discriminaciones de ningún tipo los antiguos enemigos pueden reconciliarse. Este es el testimonio del apóstol Pablo, y este es el llamado misional de la iglesia: “Cristo es nuestra paz. Él ha destruido el muro de separación, el odio, las hostilidades, y de los dos pueblos ha hecho un solo... e hizo la paz” (Efesios 2:14).



Respeto por la libertad del otro

Jesús nunca se situó en una posición tiránica o trascendente. Su argumentación nunca es fanática o autoritaria, sabe escuchar, pregunta, persuade y hace pensar. No tiene una soberbia distancia del drama humano, llora la muerte de amigos, se duele con el dolor ajeno, le entristece la incompreensión de los suyos, comparte la alegría, renuncia a la violencia para la consecución de sus objetivos. Persuade e invita a la conversión, la autodefinición y la transformación. Renuncia al tener (= acaparar), al poder (= dominar) al subir (= fama). Más bien, optó e invitó al compartir, al servir, a descender.

A la misma vez, respetando la libertad del otro no claudicó de sus valores más esenciales. Prefirió morir libremente que renunciar a la verdad, a la justicia, a la bondad.

La experiencia de Dios Padre-Madre

El fundamento y la fuerza de su denuncia y anuncio, estaba en la experiencia

de Dios. La experiencia de Dios para Jesús no estaba más en el Dios de la Ley, ni del Templo que discrimina. Más bien, en el Dios Padre-Madre de toda bondad, para con los justos y los injustos, y que toma partido por los pobres. El Dios que espera al hijo perdido, que deja las 99 ovejas y va a buscar la oveja perdida, que se alegra por la conversión de un pecador y no tanto por la salvación de muchos justos. El Dios de Jesús, hace salir el sol sobre buenos y malos, los seres humanos —y especialmente los necesitados—, son más importantes y están por encima de la Ley.

En nombre de este Dios de justicia, denunció:

- a quienes inventan rigurosas tradiciones religiosas, Jesús desenmascara la perversión y la manipulación de Dios (ver Marcos 7:1-13);
- a opresores y poderosos de todo tipo (económica, religiosa y políticamente), Jesús los denuncia porque rechazan a Dios y sirven a los ídolos (Mateo 6:24);
- Jesús repitió lo esencial de los grandes profetas de Israel: Misericordia quiero, y no sacrificios; habló en parábolas de las desigualdades sociales y económicas (“Había un rico Epoulon y un pobre llamado Lázaro...”); en el Templo expulsó a los mercaderes y comerciantes que obran el mal y los desenmascara llamándoles “ladrones y asesinos...”

En nombre de este Dios de bondad, anunció:

- una buena noticia de liberación para los pobres y oprimidos (Lucas 4:18-19, 20-21);
- cuando expulsó demonios y sana a los enfermos, lo acusaron de hacerlo en nombre del diablo (Marcos 3:22), otras veces dicen —y aun sus hermanos decían— que estaba loco (Juan 10:20);
- cuando acogió a una mujer pública, lo acusaron de farsante e ignorante (Lucas 7:39);
- cuando comió con marginados y participa en las reuniones populares en las plazas, lo acusaron de comilón y bebedor (Mateo 11:19).

La mortalidad de la vida es asumida con toda naturalidad y jovialidad

Jesús asumió y estaban en él todas las limitaciones y sensaciones típicamente humanas: ira, alegría, bondad, tristeza, tentación, amor, pobreza, hambre, sed, compasión, nostalgia, perdón, sacrificio, dolor, muerte, soledad, incertidumbre, esperanza. Vivió la vida como un regalo, como una donación y no como auto-conservación (Marcos 10:42-45). Por eso predicó el perdón de Dios, en vez del castigo. Cuando ya no fue posible



Jesús asumió y estaban en él todas las limitaciones y sensaciones típicamente humanas: ira, alegría, bondad, tristeza, tentación, amor, pobreza, hambre, sed, compasión, nostalgia, perdón, sacrificio, dolor, muerte, soledad, incertidumbre, esperanza.

evadir la realidad del conflicto mortal, lo asumió —y sin contar con ningún apoyo extraordinario y en la más absoluta soledad— sintiéndose abandonado se abandona también como esperando contra toda esperanza. Finalmente, como bien dice Jon Sobrino: “el crucificado es el resucitado”.

Si comparamos al Jesús con todos los partidos o grupos de su época ya mencionados, notamos que no se identifica plenamente con ninguno. Todos aquellos partidos aceptaban la validez y permanencia del sistema judío la monarquía, el sacerdocio, el templo, las instituciones, etc.). Pero la postura de Jesús era más radical. Para Jesús la solución a la injusticia no vendrá nunca ni por la inactividad ni por la mera reforma gradual o violenta de las instituciones vigentes. La raíz de los males de

Jesús inició una colectividad humana diferente. Diferente del espíritu religioso que explotaba a la gente con el legalismo religioso y la piedad hipócrita. Diferente del espíritu político que colaboraba con el sistema y se dejaba seducir por el afán de tener, el ansia de poder y el deseo de subir (prestigio) de la sociedad.

la humanidad está en la lógica que esas mismas instituciones han creado y perpetúan: el afán de dinero, la sed de poder y el deseo de prestigio (tener, poder y subir). Estos falsos valores promueven el odio y las violencias entre los seres humanos. Jesús se proponía fundar una nueva comunidad humana donde se pueda ser libre y feliz (Mateo 5:3-10). Pero para ello había que renunciar a esos tres falsos valores y asumir un nuevo estilo de vivir: no acaparar sino compartir lo que se tiene y se puede; no dominar sino servicio humilde y voluntario; no encumbrarse sino igualdad. En otras palabras: en vez de rivalidad, odio y violencia, hermandad, amor y vida.

3. LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD DE PERSONAS DIVERSAS CON UNA UNIDAD EN COMÚN

La iglesia es una comunidad abierta y diversa

Jesús llamó a un grupo de personas, humildes, trabajadores, pecadores y pescadores. También llamó a recaudadores de impuesto o colaboradores del sistema de opresión. Los enemigos podían ahora reconciliarse. No los llamó para vivir para sí mismos y aislarse. Jesús no formó un grupo cerrado, sino una comunidad abierta, con una misión de crecer, atrayendo y transformando las vidas de personas a una nueva manera de vivir. Quiero recalcar que les llamó a predicar el evangelio, la buena noticia. Pero esto no es recitar doctrinas, memorizar creencias, dar discursos. Más bien, es por el modo sencillo y transparente de vivir que invita sin engaños ni presiones a la personas. San Francisco de Asís decía algo parecido: "Predica el evangelio en todo lugar, y algunas veces, usa las palabras".

Se trata de un grupo de personas muy diversas, de diversas clases sociales y trabajos. Son los pecadores los que escuchan y siguen a Jesús. Es una comunidad llamada a la experiencia de vivir un estilo de vida diferente pues se les llama a transfigurar o transformar el afán de

ser ricos, los honores y poderes, por la alegría de compartir la vida y servir humilde y alegremente confiados en que no habrá ansias de tomar ventajas egoístas.

La iglesia es una comunidad diferente

Jesús llamó a un grupo para vivir una vida diferente. Por eso su mensaje fue una nueva y buena noticia, especialmente para todos los oprimidos, abatidos y cansados aun por el peso de una religión que nos les liberaba sino que les condenaba, que no les hacía felices sino apagados, aplacados por el peso de doctrinas opresoras de la libertad. Jesús inició una colectividad humana diferente. Diferente del espíritu religioso que explotaba a la gente con el legalismo religioso y la piedad hipócrita. Diferente del espíritu político que colaboraba con el sistema y se dejaba seducir por el afán de tener, el ansia de poder y el deseo de subir (prestigio) de la sociedad. Estas tres ambiciones expanden las violencias entre las personas y los pueblos. Jesús sabía esto.

4. LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD BIENAVENTURADA

Para fundar ese tipo de comunidades (ekklesia) no debe usarse la violencia, ni coacción ni coerción. La comunidad de la iglesia es voluntaria, y la adhesión ha de suceder por la propia convicción. Por eso, Jesús no fuerza, sino invita: "Bienaventurados..." (Mateo 5:3ss). En ese contexto de hermandad comunitaria, las personas pueden aspirar a ser "felices"; ponerse "en marcha!":

- Mateo 5:3. No basta con ser pobre, sino hay que renunciar además al deseo de ser ricos, (poderosos y prestigiosos) a esa ambición que domina el corazón humano y le lleva a la injusticia y a la separación de Dios (Mateo 6:19-21,24);
- Mateo 5:4. recibirán consuelo porque Dios va a liberarlos;
- Mateo 5:5. heredar la tierra sin necesidad de recurrir a la violencia;
- Mateo 5:6. la sed de justicia comienza a ser satisfecha al interior del grupo, porque se ha renunciado a tomar ventajas personales;
- Mateo 5:7. recibirán ayuda porque se prestan ayuda los unos a los otros;
- Mateo 5:8. Dios estará presente en esos corazones sinceros, limpios de maldad;
- Mateo 5:9. quienes experimentan esa hermandad trabajan por la paz, y se parecen a Dios;
- Mateo 5:10. la persecución se percibe no como fracaso sino como el "sí" de Dios a ese camino, a esa Verdad.

Esta comunidad no vive para sí misma ni aislada del mundo. Más bien es sal, luz, levadura y semilla para la redención del mundo. Como bien, lo indican estas metáforas, un factor de cambio en la sociedad, pues Dios no es indiferente al esfuerzo por liberar del hambre y la opresión. Sea cual sea el destino, finalmente el verdugo no triunfa sobre su víctima. Es la promesa de la resurrección y recomienzo: "Id a encontrarlo a Galilea" (Marcos 16:5-7).

5. LA IGLESIA ES UNA COMUNIDAD CON LA GRACIA DEL ESPÍRITU

Reconozcamos que para iniciar la formación de la comunidad, Jesús mismo fue transformándose por la acción Espíritu en él. Cuenta el evangelio que “el Espíritu le condujo al desierto” (Mateo 4:1). Desierto es símbolo bíblico de pasaje, pascua, de pasar, de transitar, de peregrinar, de ir más allá. El Espíritu le llevó a un estado de pascua, de pasaje, de transitoriedad. Fue probado y sintió hambre (no sólo de pan...); fue probado y sintió tentación (no tentarás...); fue probado pero fue también convirtiéndose (a Dios sólo servirás...). Así también será para todo aquel o aquella que quiera ser auténticamente cristiano. Así también será para la comunidad que tome en serio el evangelio. Así también será para todo aquel o aquella a quien el Espíritu llame a una misión. No hay comunión sin previa conversión o reconversión. No hay comunión ni conmigo mismo, ni con los demás ni con Dios sin conversión. “Os es necesario nacer otra vez... Recibid el Espíritu”, dice el Cristo.

De la conversión a la comunión

La iglesia no es ley. No es obligatoria ni por coacción o por deber. La iglesia es evangelio, por eso es voluntaria y es por gracia divina. Seguir la manera de vivir de Jesús no es algo que podemos hacer por nosotros solos, por fuerza de la voluntad y del deseo. Este querer “ser espirituales”, es más una arrogancia que la verdadera búsqueda del Espíritu. Ser espiritual no es buscar, buscar, sino más bien dejarse encontrar, tornarse encontradizo, sin máscaras sin autoengaños, allí donde estamos, así como somos. Necesitamos un cambio interior que el evangelio de Juan llama “nacer de nuevo”. Hay que dejarse encontrar y recibir el Espíritu. “Que mi ego mengüe” —decía Juan el Bautista— “para que el Cristo crezca”. “No más mi yo” —decía Pablo— “sino el Cristo en mí”.

Es por el Espíritu, es por la fuerza divina, que se puede ser capaz de vivir a la manera de Jesús. El egoísmo humano es tan fuerte, que a menos que el Espíritu divino nos transforme, no es posible el verdadero amor, ni la auténtica solidaridad, ni la genuina compasión, ni la necesaria paz. Cómo amaré al otro, si no sé amar ni mi alma ni mi cuerpo ni al Espíritu en mí? Cómo voy a pacificar, si yo no estoy pacificado? “Os es necesario nacer de otra vez”, dice Jesús. “Recibid el Espíritu”, dice Jesús. La iglesia es una comunidad con esta gracia, nacida del y por el Espíritu.

Por eso, la comunidad de hermanos y hermanas tiene esas características: amor de hermanos, alegría, la paz, la tolerancia, el agrado, la generosidad, la lealtad, la sencillez y del dominio propio (Gálatas 5:22-23). Ya no hay privilegios ni de raza, ni de nación, ni de clase o sexo (Gálatas 3:28, I Corintios 12:13). Las barreras que dividían han caído (Efesios 2:14-15); todos son últimos y todos son primero (Mateo 19:30) y todos son hermanos y hermanas (Mateo 23:8-10). Es el grupo de la completa alegría (Juan 15:11; 16:24); cada uno ayuda con las cargas de los demás (Gálatas 6:2); los dones están al servicio de todos y todas (Romanos 12:3-8) y autoridad significa servir a las mesas y mayor servicio (Lucas 22:26-27). Son todos hermanos y hermanas, porque hay un sólo Padre-Madre. Son todos y todas discípulos, porque hay un sólo Maestro. El perdón es frecuente y es continuo, porque todos se saben pecadores y capaces también de pecar, por eso que no arrojan la primera piedra y en eso siguen a Jesús el Cristo, que decía “yo no condeno a nadie” (Juan 8:15).

Seguramente estas palabras nos producen un desconcierto. Y volvemos a recordar que “en la vida real las cosas son de otra manera”. Lejos de ser una ilusión, las palabras evangélicas nos recuerdan con esperanza que en todo Jesús es el camino (Juan 14:6). Sabemos muy bien que los bajos instintos pueden reaparecer, las rivalidades y partidismos vuelven a aparecer. El egoísmo emerge cuando menos se espera, legitimado incluso por palabras y posturas religiosas. Donde emerge la luz se revelan también las sombras. Sin embargo, cuando eso acontece la comunidad no tiene más antídoto que el Espíritu de Dios (Gálatas 5:16), el cual también nos recuerda e interpreta las palabras de Jesús (Juan 14:26). Cuando esto suceda, la comunidad recordará las palabras del evangelio: “Orad sin cesar... pero recordad que no todo el que dice ‘Señor’, sino que practicad la voluntad de mi Padre...por eso, amaos los unos a los otros, como yo os he amado”.

De la comunión a la salvación

La comunidad no vive ni ama para sí misma. Como su Señor, es muriendo cuando rescita. Como la semilla, es disolviéndose en la tierra cuando germina. Como el amor, crece mientras se ofrece. No impone las propias ideas, sino testimonia e irradia la felicidad



de haber hallado un tesoro mayor, la perla por la que todos anhelan y por la cual la humanidad suspira (Mateo 13:44-46).

La comunidad es testimonial. Aunque no tenga o dependa de una junta de misión, vive con la misión de revelar el reinado, la intención divina. Por eso:

- *Ha de ser visible.*
No importa el lugar o la geografía (la gran ciudad o la montaña). No importa el número o la cantidad de gente (15 ó 1.000) sólo bastan dos o tres reunidos y en acuerdo, y allí hay una Presencia entre y con ellos (donde estén dos o tres, allí estoy yo, dice el Señor). Es tan visible esa comunidad, que los demás dicen: mirad como se aman. Por eso, es visible.
- *Ha de tener compasión ante el dolor y la injusticia.*
No pasa de largo ante el dolor. La compasión y la misericordia guían la comunidad, y como su Señor prohíbe publicar o hacer prosélitos y propaganda con su bondad. Siempre dispuesta a mejorar la situación, la comunidad apoya todas las iniciativas humanas que ya existen por el bien y la bondad. Por eso, tiene compasión ante el dolor y la injusticia.
- *Ha de optar por el pan y por la paz.*
Es caritativa, misericordiosa pero no ingenua. Por eso, da pan a quienes tienen hambre, pero también cuestiona al mundo del porqué hay quienes tienen hambre. Busca la paz y la sigue. Pues sabe que la victoria sólo conduce a la victoria, pero no a la paz. Sabe que la guerra nunca es justa y nunca es santa. Sabe con la sabiduría de la India: Aquel que vence, engendra odio, y aquel que es vencido, sufre. Pero con serenidad y alegría se vive, si se superan la victoria y la derrota (Dhammapāda XV, 5). Reza con la oración árabe: “La única victoria que perdura, es aquélla que no deja ningún derrotado”. Recuerda con el filósofo Platón: “Sólo los muertos ven el final de la guerra”. Sigue el evangelio: “No sólo no matarás, también os digo amaos los unos a los otros”. Ruega con el poverello de Asís: “Señor, hazme un instrumento de tu paz”.

la iglesia no sigue la paranoia de conquistarlo todo, de iluminarlo todo, de leudarlo todo ni se resiste a transformarse (...) Porque la iglesia sabe que ella no es absoluta, sino relativa. Sabe que evangelizar no es cristianizar, sino ayudar al nacimiento de una nueva humanidad.

Quiere el desarme de todas las armas, pero sabe y no ignora que la mayor arma de destrucción masiva, es la miseria y el empobrecimiento de las mayorías. Por eso, opta por el pan y por la paz.

- *Ha de ser tierna y fraterna.*

No restringe la fraternidad a los del grupo, pues sabe que ella es tan sólo una parte de la familia humana. Sabe que en la casa de Dios, hay muchas moradas circundadas y habitas por el Soplo divino. Por eso, su co-misión no es con-vencer sino testimoniar. Según las palabras evangélicas, ella es luz, es sal, es levadura, es semilla. Como la luz es incolora y transparente, sabe que su misión no es encandilar sino alumbrar, y cuando ilumina tocando un cuerpo opaco, resalta los colores que ya están allí en ese cuerpo, en ese lugar. Como la sal, sabe que su misión no es salarlo todo, sino resaltar el sabor que ya existe en ese alimento, en ese lugar. Como la levadura, sabe que su misión no es leudarlo todo, sino apenas un poco para que se manifieste la energía que ya está en la masa, en ese lugar. Como la semilla, sabe que su misión es transformarse y renacer hundiéndose en la tierra para que lo mejor germine, en esa tierra, en ese lugar.

Así entonces, la iglesia no sigue la paranoia de conquistarlo todo, de iluminarlo todo, salarlo todo, de leudarlo todo ni se resiste a transformarse. Mediante el evangelio, invita a que el budista sea mejor budista, que el hinduista sea mejor hinduista, que el mahometano sea mejor mahometano, que el maya sea mejor maya, que el yanomani sea mejor yanomani, que el yoruba sea mejor yoruba, que el cristiano sea mejor cristiano. Porque la iglesia sabe que ella no es absoluta, sino relativa. Sabe que evangelizar no es cristianizar, sino ayudar al nacimiento de una nueva humanidad (“el que está en Cristo nueva humanidad es”... decía el apóstol). Al fin y al cabo lo que hay que salvar no es la iglesia, ni tampoco el cristianismo, sino la vida, especialmente a partir de los más pequeños. Por eso, es tierna y fraterna.

III. La actitud fundamental en la comunidad: el servicio a los demás

Hemos visto que la comunidad formada en torno a Jesús, prefigura lo que debe ser la iglesia. Se trata del espíritu que ha de animar y orientar lo que debe ser la iglesia. Las formas pueden y deben cambiar. Pero el espíritu es el mismo. En el Nuevo testamento tenemos una diversidad de modelos y formas de ser iglesia. Sin embargo, podemos encontrar siempre el Espíritu de Cristo —su modo de Ser— que nos remite a aquella experiencia original testimoniada en los evangelios.

En la comunidad de Jesús se seguía una actitud fundamental: el servicio. En Mateo 20:25-28 encontramos una tajante palabra:

“Sabéis que los jefes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen. Más, entre vosotros no será así. Al contrario, el que quiera subir, sea servidor vuestro; y el que quiera ser primero, sea esclavo vuestro. Igual que este Hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y dar su vida en rescate por todos”.

No olvidemos la palabra de Pablo: “Dios nos encomendó y puso en nuestras manos el servicio de la reconciliación... por Cristo os pido: ¡reconciliaos con Dios!” (2 Corintios 5:18s). Y yo agregó: “Por Cristo os pido: ¡reconciliaos con el hermano!”

Aquí la palabra sobre el servicio se opone a una doble dominación: política y religiosa. Se trata por lo tanto de rechazar, no imitar el estilo y la forma de dominación política, así como tampoco la ambición egoísta de líderes religiosos. Ambas situaciones sucedían en los días de Jesús. Parece haber una “intolerancia” por parte de Jesús hacia cualquier afán de imponerse sobre los demás. Jesús sabe que nada puede hacer tanto en la comunidad como este afán de encumbramiento y dominación de uno sobre otros y otras. En la comunidad del Reino, la alternativa es totalmente lo contrario: colocarse último, ponerse al servicio y tener la actitud de siervo de los demás.

En la comunidad cristiana (*ekklesia*) no puede haber ambiciones egoístas, ni deseo de poder o dominación. Inclusive aunque se trata de poder religioso justificado por razones teológicas. Esto explica la manera sorprendente con que Jesús advierte sobre los títulos honoríficos en la comunidad. Los títulos que conllevan la lógica del honor y la distinción sobre los demás parecen prohibidos en el evangelio: “padre”, “abad”, “papá” (Mateo 23:9); “maestro” (Mateo 23:8); “guía, líder, director” (Mateo 23:10); “señor” o “monseñor” (Lucas 22:25); “excelencia” o “eminencia” (no cuadran con Mateo 20:26-27; Marcos 9:35; Juan 15:13-15).

Al parecer en la comunidad el título que más corresponde es “hermanos, hermanas” (Mateo 23:9: “todos sois hermanos”) y siervos los unos de los otros (Mateo 23:11 “el más grande de vosotros será servidor vuestro”). De esto resulta que en la comunidad cristiana, sin ahogar las dife-

rencias, por encima de todo debe reinar la más absoluta igualdad, pues ni siquiera Jesús se comporta como “Señor” (Juan 13:13) y llama a sus discípulos de “amigos” (Juan 15:15) y “hermanos” (Mateo 28:10; Juan 20:17).

En este sentido hay que entender el pasaje respecto al lavatorio de los pies (Juan 13:1-17) y su mensaje de comunión fraternal y el mandamiento del amor. El acto que Jesús realizó tenía fundamental importancia (Juan 13:1-3). La práctica del amor (mandamiento = ejercicio, práctica) se entiende desde la acción y lección de Jesús al lavarles los pies. Al mandato eucarístico que aparece en los sinópticos (“haced lo mismo en memoria mía”, Lucas 22:19) le corresponde el mandato del servicio: “haced vosotros lo mismo que yo he hecho” (Juan 13:16).

Si lo relacionamos con la eucarística —el acto celebrativo más importante en la comunidad cristiana— tiene que ir necesariamente unido a la actitud de siervo y la puesta en práctica del servicio mutuo. De nada sirve la celebración eucarística si los y las participantes no están efectivamente al servicio los unos de los otros. Pero si hay esa voluntad, esa conciencia de servicio desinteresado y amoroso a los demás, disminuyen las rivalidades, los pleitos, las discordancias. En otras palabras: cuando las polarizaciones de polarizan más y más, la actitud y acciones de servicio allanan el camino hacia la reconciliación.

No olvidemos la palabra de Pablo: “Dios nos encomendó y puso en nuestras manos el servicio de la reconciliación...por Cristo os pido: ¡reconciliaos con Dios!” (2 Corintios 5:18s). Y yo agregó: “Por Cristo os pido: ¡reconciliaos con el hermano!” **SV**

Tony Brun, menonita, especialista en resolución de conflictos.

